



Las Cristinas nunca duerme

Descripción

El yacimiento aurífero de Las Cristinas, en el estado Bolívar (sureste de Venezuela), a unos 15 kilómetros de la frontera con el Territorio Esequibo que Guyana controla, y a 88 de las Colonias de El Dorado, es la quinta mina de oro del mundo. Tiene unas reservas probadas cercanas a las 17 millones de onzas, un botín que despierta la codicia de cualquiera. Se sabe que el Estado venezolano la asignó a la corporación china Citic, que debería reanudar en unos pocos meses la producción que otrora estuvo a cargo de trasnacionales como Placer Dome, Vanessa Ventures o Cristallex... Pero no será tan sencillo.

Hoy Las Cristinas es el reino de la anarquía, es un lugar que nunca duerme. Manda la ley del más fuerte. En sus entrañas hormigean unos 30.000 mineros ilegales. Y siguen llegando a diario en autobuses y camiones. Muchos de ellos son extranjeros. Vienen de Brasil, Trinidad, República Dominicana, Perú, Guyana y Colombia. A todos, locales o foráneos, los une el sueño compartido de una riqueza súbita. Cuando menos, que es el caso más frecuente, obtienen lo suficiente para sobrevivir.



Algunos son retenidos por los porteros que autorizan la entrada al yacimiento

Tropas de la Guardia Nacional Bolivariana y del Ejército custodian la mina y las instalaciones del campamento aledaño. Pero es poco más que un saludo a la bandera. Nada perturba a los buscadores de oro. El perímetro militar es como la frontera del *laissez faire*. De y hacia el exterior pasan camiones, motores, combustible, alimentos, bebidas alcohólicas. Al interior las cosas son de quienes las toman, casi siempre organizados en mafias. La valiosa nucleoteca, el archivo geológico donde se guardaba toda la memoria de exploración de Las Cristinas, es una ruina desvalijada.

La minería ilegal no tiene límites. Es un paroxismo colectivo que los precios del oro estimulan. Un kilo de oro ronda los 33.000 dólares americanos en el mercado internacional. Un equipo de mineros, por rudimentario que sea, puede extraer diariamente unos 10 o 20 gramos. Por algo se habla de la fiebre del oro.

“Si la tierra brilla, allí estaremos”, dice Felix Rodriguez, un minero con más de 20 años en la zona. “No nos importa pagar vacuna a quien sea”.



Trabajadores informales se encuentran en una parada fuera de la mina, para abastecerse de insumos con el fin de seguir trabajando

En los últimos dos años la población de El Callao, la puerta de entrada a la minería en el estado Bolívar, pasó a superar el promedio nacional de asesinatos. La voracidad se ha convertido en el gentilicio local. Para hacerle honor, los pobladores explotan con desenfreno el territorio. Coltán, madera y oro alimentan el delirio. Alrededor de cada explotación se congrega una cadena criminal para controlar los suministros.

El costo de la vida vale oro. No es una metáfora en Las Cristinas. En la zona se puede pagar 35 bolívares por litro de gasolina, 40 veces el precio oficial. En los abastos no se registra la escasez ya típica de las ciudades. Todo se consigue, pero los precios pueden ser tres o cuatro veces lo normal y hay hasta quien paga con gramas de oro.

La salud de la población se ve afectada especialmente por la absorción en el organismo de mercurio y otros metales pesados que los mineros ilegales usan. El mercurio contamina también las fuentes de agua. Las aguas de ríos oscuros como el Cuyuní y Caroní arrastran el elemento que contamina y mata los peces, que a su vez constituyen la base de la dieta de los pueblos ribereños.

Los niños son explotados en las minas. Hay prostitución y maltrato infantil.



Siempre se trata de separar la arena para encontrar el oro

Bárbara es una muchacha de 19 años venida del estado Zulia, al otro extremo del país. Lleva viviendo los últimos cuatro meses en una residencia de chicas en los campamentos mineros. Cuenta que llegó a Las Cristinas con una amiga de su pueblo que tenía ya varios meses de campaña y regresó al terruño con mucho dinero. “En los pocos meses que tengo viviendo acá he ganado lo que tendría tras dos años trabajando en la tienda de donde me botaron”.

Cada vez son más las historias de personas que son explotadas sexualmente, que en su mayoría son mujeres y niñas, en torno a los 15 o 17 años de edad, a las que trasladan de otras regiones del país –incluso desde Caracas– a este borde resplandeciente de la Gran Sabana. A menudo llegan engañadas con la promesa de un rentable trabajo como domésticas. Terminan acomodándose, por necesidad, en la prostitución.

Los réditos rápidos de la extracción del oro convierten a gente sencilla en el lobo del hombre. Sobre el terreno la vida es difícil. Pero las dificultades se soportan con el horizonte ilusorio de la riqueza. América Latina, y dentro de ella, Venezuela, tienen tradición blandiendo ese señuelo.



Hay que sacar tierra en la búsqueda de la veta o filón del oro

Para conocer esas dificultades se hizo este trabajo. Han sido varias semanas de investigación visitando los pueblos del sur de Venezuela donde se concentra la actividad minera ilegal: Guasipati, El Callao, Tumeremo, El Dorado y Las Claritas. Uno más complejo que el otro. Como la mayoría de la explotación minera es ilegal, la presencia de periodistas no es grata. Hace falta hacerse invisible ante las bandas delictivas que se pelean el territorio y las propias autoridades. Es incontable el dinero que está en juego.

Los mineros son gente como cualquiera, que solo busca sobrevivir. Pero tienen miedo. De las mafias, de los militares. Todo el mundo busca aprovecharse de ellos. Lo que extraes con el sudor de tu frente tienes que compartirlo con esos grupos, es una máxima que hay que seguir si se quiere vivir en las minas. Aquí no existe ningún tipo de organismo de defensa de los derechos humanos. Todo es explotación en este mundo que el resto del país se resiste en reconocer.



[Una mujer lleva sobre su cabeza la batea, que usará para lavar el oro](#)



Panorámica del campamento Las Cristinas con los restos de lo que alguna vez fue la nucleoteca, donde se encontraban documentados los estudios de exploración de la mina



Un trabajador artesanal metido en un pozo seleccionando las piedras que llevará al molino.



[Un minero muestra la amalgama de mercurio y oro.](#)



[En la mano un pequeño grano, aproximadamente 4 gramos de oro producto de unas 12 horas de trabajo.](#)



[Un minero lucha con la manguera, mejor conocida como "chupadera".](#)



[Un indígena metido en el agua tratando de conseguir algo de oro.](#)



[Detalle de minero separando oro de la pala.](#)



[Varios esperan su turno para entrar a trabajar en el pozo de la mina.](#)



[Hay quien revisa con paciencia tratando de encontrar oro.](#)



[La minería no tiene edad. Muchos niños y adolescentes dedican todo su día a buscar oro en los yacimientos.](#)



[Una pareja de jóvenes espera su turno para comenzar a trabajar.](#)



[Panorámica de una mina en las riberas del río Cuyuní. aguas contaminadas y miles de hectáreas deforestadas.](#)



[Maquinaria pesada utilizada en el proceso de extracción de oro.](#)



[Calle principal de Las Claritas.](#)



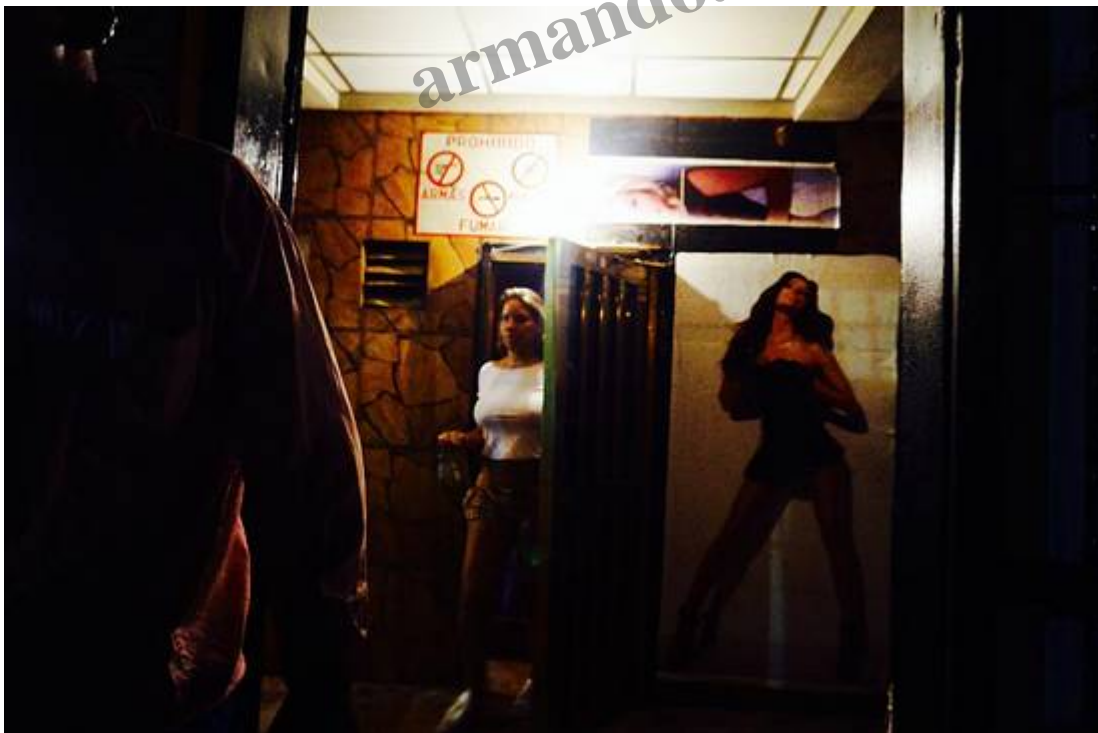
Efectivos del ejército chequeando a los mineros.



Trabajadoras sexuales instaladas a pocos metros de Las Cristinas.



[A través del río Cuyuní transportan combustible a los campamentos.](#)



[Trabajadoras sexuales sirviendo tragos en la puerta del Bar.](#)



[Plataformas de extracción en las riberas del río Cuyuní.](#)



[Mineros atravesando ríos internos para llevar insumos al yacimiento.](#)



[Mineros en la plaza esperando el transporte hacia la mina](#)

Fecha de creación
2014/09/14